AÑO II — BUENOS AIRES, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1923 — No 88

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. — SUPLEMENTO SEMANAL — PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

Los anarquistas y la revolución rusa

El órgano oficial del Partido Comunista de la Argentina, fiel a su propósito de recoger en sus columnas todo lo que sea un exponente de la traición y el servilismo, publicó el artículo-manifiesto de los anarco-bolcheviquis rusos convertidos en agentes del gobierno de Moscú. La declaración de esos "10 anarquistas" que nada tienen de común con el anarquismo, sirve de plataforma política a la Tercera Internacional para introducir en los medios obreros revolucionarios de Europa y América el apéndice sindicalista del Estado bolcheviqui: la Sindical Roja. Y sólo así se explica que los representantes del comunismo ruso den excesiva importancia a la "conversión" de los ex que complican a la anarquía en una vulgar cuestión de poderes, de usufructos burocráticos y de lucha por el afianzamiento del gobierno de la dictadura sobre el proletariado.

Para el grupo de renegados que encabeza I. M. Guetzman, empleado burocrático de la comisariocracia roja, la revolución rusa tiene su síntesis histórica en el bolcheviquismo y su realidad social en el Estado comunista. Fuera de esas conclusiones materialistas, que sólo fueron posibles gracias a un calculado y persistente estrangulamiento de la verdadera revolución — que fué muerta por la violencia y la autoridad en la conciencia del proletariado ruso —, no conciben esos ex anarquistas ningún otro problema digno de ser tenido en cuenta. Y será por eso que ellos, adelantándose a las persecuciones de la "checa" y a la obra contrarevolucionaria del gobierno de Moscú, renunciaron a sus ideas y buscaron el modo de armonizar su pensamiento con los intereses del partido dominante y las razones de Estado alegadas por el bolcheviquismo para declarar la guerra a las demás fracciones políticas e ideológicas que habían contribuído a la causa de la revolución y al éxito inicial de los trabajadores.

Con argumentos sofísticos, se pretende desarmar nuestra intransigencia doctrinaria. El "anarquismo nuevo", que se inspira en las "realidades históricas" que sacan de la revolución rusa los políticos de dictadura, pretende justificar su aproximación al bolcheviquismo negando la capacidad creadora de los utopistas libertarios. Como el anarquismo no tiene un programa específico para suplantar al Estado, es necesario, según esos anarco-dictadores, aceptar como una conclusión irrefutable la "experiencia marxista" realizada por los neocomunistas. Y en esa "necesidad social" se inspira, al parecer, todo el afán de esos conversos en negar los motivos de divergencia que separan al anarquismo internacional de los aprovechadores de la estrangulada revolución rusa.

En el manifiesto de "los diez" se establece como declaración previa "que el pensamiento anarquista siempre ha aspirado a realizar una síntesis de ideas que se excluyen mutuamente". Pero, probablemente por culpa de ese antagonismo en las ideas "que pretendió" sintetizar el anarquismo, sucede ahora que los anarquistas, en el curso de su actividad prolongada durante medio siglo, "no han podido obtener un sólo éxito de importancia mundial".

Quiere decir, pues, que como los anarquistas no conquistaron la anarquía, el anarquismo ha fracasado. Explícitamente está hecha esa declaración en el preámbulo del manifiesto de los anarco-dictadores, pues se juzga el valor de las ideas de acuerdo con realidades económicas y conclusiones políticas, aun cuando esas conquistas del marxismo conspiren contra la libertad y sean una negación del propio esfuerzo de la clase trabajadora revolucionaria. Los anarquistas, en medio siglo de propaganda y acción, si bien soportaron el peso de las más brutales represiones burguesas y estatales, y fueron ellos los únicos que hicieron frente a la furia de los todopoderosos, no obtuvieron un éxito de importancia mundial: no pueden ofrecer al proletariado una revolución hecha, con Estado, autoridad, dominación y esclavitud. Y ese sí que es un terrible fracaso...

La primavera de la humanidad

Las causas de esa esterilidad política del anarquismo, están en la médula del movimiento anarquista, porque dejaría de ser un movimiento libertario, antipolítico y antiestatal, si, aceptando las realidades presentes, buscara un límite al pensamiento humano y estableciera un método para el desenvolvimiento de la humanidad. Por eso rompieron con el anarquismo los que tenían apuro por hacer la revolución y los que se dieron cuenta que sus viejas ideas eran un estorbo y un impedimento para lanzarse a la conquista del poder. Como justificativo de su conducta presente, los ex anarquistas que ofician de agentes del gobierno bolcheviqui, alegan:

"La anarquía de unidad en el pensamiento anarquista ha paralizado la voluntad colectiva, ha hecho imposible la acción colectiva y ha anulado el principio organizador del anarquismo. Es por esta razón que el anarquismo, en hechos, no ha manifestado una acción revolucionaria de masas".

Para que el anarquismo fuera "organizador" y sintetizara en sus esfuerzos una opinión colectiva — opinión hecha por intereses económicos o a base de engaños y mixtificaciones —, deberían los anarquistas empezar por renunciar a sus ideas. Y sólo adaptándose a las condiciones sociales de cada país y a los gustos más groseros de la masa impelida a la lucha por necesidades económicas, podrían los anarquistas hacer suya exclusivamente una revolución, pero habrían dejado de ser anarquistas para convertirse en comisarios, dictadores y parásitos del Estado. Esa "necesidad" de adaptación está defendida en este otro párrafo del manifiesto que comentamos:

"En nuestra época de revolución social mundial iniciada, que debe ser considerada como un período de transición entre el capitalismo y el socialismo, el movimiento anarquista — que, para hablar propiamente, no tiene un sistema claro de pensamiento y le lucha de clases, — ha hecho resaltar su incapacidad para resolver los problemas más urgentes planteados por la revolución".

El pensamiento político de esos anarquistas conversos al marxismo, está en todas sus declaraciones en pro de la revolución bolcheviqui. Hablando de las funciones que deben desempeñar los anarquistas en una revolución, dicen:

"Negando la dictadura del proletariado y renunciando a la lucha por el poder político, los anarquistas renuncian por eso mismo a una acción revolucionaria consecuente; el conjunto de sus esfuerzos se halla anulado en el momento del choque decisivo del trabajo y del capital".

La afirmación se inspira en principios marxistas y tiene en la "experiencia rusa" un elemento de juicio, al parecer irrefutable. Los anarco-bolcheviquis hacen suya la práctica dictatorial, estatista, de los movimientos revolucionarios, que se desenvuelven bajo la égida de una minoría directora. Por eso rechazan todo lo que tengan de espontáneos y de libres los movimientos subversivos de la clase trabajadora, pues "si la revolución no lleva, dicen, un freno en sí misma, está condenada inevitablemente a caer bajo los golpes de la contrarrevolución".

¿Comprendéis, pues, el papel que representan los pueblos durante el proceso destructivo y constructivo de una revolución? La masa ofrece únicamente su fuerza bruta para destruir lo viejo; pero aún esa función destructiva debe ser reglada por la minoría dirigente, sin peligro de que se transforme en una fuerza contrarrevolucionaria si el curso de los acontecimientos históricos así lo exige.

Veamos cómo se explica, en el manifiesto de "los diez", esa función pasiva de las masas obreras:

"En el momento en que las fuerzas espontáneas del pueblo se desencadenan, en que las masas llevan sus golpes contra todas las instituciones políticas y sociales del viejo régimen, la minoría revolucionaria organizada debe dirigir todos sus esfuerzos en un sentido opuesto al de las fuerzas destructivas de las masas levantadas; ella debe ya orientarse hacia la creación y la organización del nuevo régimen".

Como se ve, los jefes de la revolución deben halagar a las masas para contar con su concurso, pero al mismo tiempo han de realizar todo lo contrario de lo que las masas insurreccionadas intenten hacer por su cuenta. Y esa actitud de la minoría "selecta e inteligente", se justifica diciendo que "el diagnóstico de la época debe hacerse con exactitud" y que, para triunfar, es necesario crear una "organización fuerte capaz de dirigir firmemente las fuerzas elementales, orientarse en el caos, dirigir el proceso revolucionario, determinando los golpes de la derecha y resistiendo a las pretensiones de una izquierda conducida por su temperamento". Pero, ¿quién garante la capacidad de esos jefes, su sinceridad revolucionaria y la comprensión superior de los problemas encomendados a una revolución proletaria? Eso es lo que no nos dicen los pretensiosos depositarios del secreto comunista...

La noción revolucionaria de los anarco-dictadores que firman el manifiesto-programa que comentamos, no va más allá de estas pobres conclusiones:

"La Internacional fascista o la Internacional comunista: no hay un tercer camino. Los adversarios de los comunistas, sean quienes sean, se encontrarán, tarde o temprano, en las filas fascistas. Los contrarrevolucionarios rusos de todas las tendencias lo comprenden bien; esperan la intervención del ejército mercenario del capital.

"La particularidad de nuestra época consiste en que los ejércitos organizados de las clases se han aprontado en todas partes a la lucha final. Todas las fuerzas intermedias deben sumarse a uno de esos ejércitos, so pena de ser eliminados como inútiles del campo de batalla".

El fascismo, como fenómeno reaccionario no es nuevo más que en la forma: en las exteriorizaciones violentas con que ha impuesto los intereses del capitalismo en países amenazados por la creciente rebeldía popular. Y ya nos han demostrado los hechos, en el primer año de régimen fascista, que no es del todo imposible una aproximación entre los dictadores rojos y los blancos. ¿Acaso Mussolini no está más cerca de Lenin que lo que podamos estar los anarquistas de ambos jefes de Estado e intérpretes de dos sistemas sociales surgidos de la violencia de abajo? Lo más probable es que el anarquismo siga su trayectoria revolucionaria, fiel a su filosofía y a los principios que inspiraron su acción durante medio siglo. Y el marxismo — democrático, fascista o bolcheviqui: de Ebert, de Mussolini o de Lenin —, reemplazará en cambio a las viejas ideas burguesas que hicieron crisis en la gran guerra, pero para seguir el proceso histórico capitalista apenas interrumpido por los últimos levantamientos proletarios y la crisis moral y económica de ellos derivada.

El peligro contrarrevolucionario está en el afianzamiento de un poder surgido de una revolución. El bolcheviquismo es la consecuencia del fracaso revolucionario del pueblo ruso, como el fascismo lo es de la fracasada revolución italiana. Por eso el anarquismo no perdió la oportunidad de hacer "su revolución", sino que no llegó ese momento decisivo en la lenta evolución moral de los pueblos.

Los anarco-bolcheviquis, en su profesión de fe autoritaria y estatista, se lamentan de que los anarquistas hayan dejado escapar de sus manos la iniciativa de la revolución social. Y, según ellos, se debe esa falta de previsión, a la ineficacia interior de su principio organizador, ausencia entre ellos de bases indispensables a la organización de la acción revolucionaria de las masas" y también a "la tentativa utópica de fundir en un sólo sistema corrientes filosóficas distintas(?) que han matado el movimiento anarquista". Y, por eso mismo, "la iniciativa de la revolución social, en nuestros días, ha pasado de hecho a la Internacional Comunista".

Para terminar, en su alegato en favor de la tesis dictatorial que los convirtió en agentes de Moscú para la propaganda anarco-sindicalista, los diez ex anarquistas que firman el manifiesto que comentamos, dicen lo siguiente:

"El Partido Comunista ruso ha tomado el poder en razón del nuevo estado de cosas revolucionario. Una revolución social sin precedente le ha confiado la función organizadora, función que los comunistas, vanguardia de la clase obrera, no podían ni debían rechazar. Estimamos que el total de su experiencia científica y el conjunto de su práctica representan una etapa orgánicamente necesaria y una síntesis preciosa en la historia de la lucha proletaria".

Este último párrafo se comenta por sí sólo. ¿Quién discute el científismo de nuestros políticos de vanguardia? Diréis que los de la Argentina son unos vulgares politiqueros sin experiencia revolucionaria y sin capacidad científica. Pero basta con que en Rusia haya hombres capaces de guiar al proletariado por los oscuros callejones de Moscú... Con esos guías la humanidad no necesita preocuparse de los problemas del presente y del futuro...

Ahora solo falta que el "anarquismo nuevo" de los residuos arrojados de nuestro campo, haga suyo el manifiesto de los anarco-dictadores al servicio de Moscú.

LA EDITORIAL "LA PROTESTA" ha editado y puesto en venta el importante opúsculo de Luis Fabbri: **CARTAS A UNA MUJER**, primera edición en español. — Un tomo de 112 páginas, $ 0,50

Aspectos prácticos de la cooperación

A pesar de todas las críticas que desde el punto de vista revolucionario se pueden hacer a la cooperación, en la práctica no es siempre posible prescindir completamente de ella, y tanto menos llevar la propia hostilidad hasta el punto de perjudicarla o dañarla.

Hay casos en que hasta los más revolucionarios pueden sentir la necesidad, y hasta el deber, de ponerse abiertamente, sino a favor del método cooperativo, por lo menos a favor de los obreros unidos en cooperativa que, por una razón de clase, se encuentran en conflicto con una categoría de capitalistas, con un grupo de empresarios, o directamente con los poderes públicos.

Un ejemplo de lucha entre cooperadores y propietarios lo hubo en Italia hacia 1910, en Romaña, por la cuestión de las máquinas agrícolas. Las cooperativas de los braceros, según el principio justísimo de que los instrumentos de trabajo deben ser de la clase que los usa, sostenían contra los propietarios y los aparceros el derecho de trillar el grano con máquinas propias, — y ello para que la ganancia que resulta del uso de la máquina fuese a quien la hace funcionar con sus propios brazos, y no a los propietarios del grano a trillar. Los socialistas y los anarquistas, defendiendo en aquella lucha la causa de las cooperativas de los braceros, realizaron evidentemente una útil obra de defensa proletaria.

No se puede ciertamente negar que las cooperativas, cuando consiguen crearse una vida sólida y relativamente duradera, procuran a los obreros cooperadores notables beneficios inmediatos — aunque aleatorios, como es siempre aleatorio todo mejoramiento proletario en el régimen burgués — y primero entre todos el beneficio moral de no tener sobre sí un patrón, de sentirse dentro del taller como en su propia casa y no en casa ajena. Entonces, cualesquiera sea la doctrina que nos guía, no es posible impedir que los trabajadores persigan tales beneficios cuando se les presenta la ocasión. Es un hecho que se produce independientemente de toda consideración de parte, así como puede suceder que un obrero se libre de la sujeción patronal poniendo tienda por su cuenta.

¿Debemos decir nosotros que, por el solo hecho de que un obrero cesa de ser un asalariado verdadero para hacerse cooperador o dueño de los instrumentos de trabajo, debe necesariamente cesar de ser un revolucionario? Esto no; lo importante es que en la vida política y social, en los conflictos entre capital y trabajo, él continúe estando de la parte de sus compañeros y no se ponga contra ellos. Por lo demás, el obrero se halla en la situación de todo individuo que en la sociedad burguesa procura estar lo mejor que puede.

El obrero que se une en cooperativa con sus compañeros de trabajo, si se pone en condición más difícil para luchar revolucionariamente, no por esto deja de ser un revolucionario. Entonces, la cooperación debe ser considerada un modo, como otro cualquiera, de los obreros para hacer sus negocios — buenos o malos negocios, esto les concierne a ellos — pero que no atañe directamente al movimiento revolucionario. Lo que debemos combatir sobre todo es el concepto, difundido por los reformistas y en parte aceptado por algunos revolucionarios, de que la cooperación sea un medio de combatir a la sociedad burguesa.

Se nos objeta que en los conflictos de clases las cooperativas pueden ayudar a hacer menos ásperas las peripecias de la lucha; que pueden constituir un tesoro de guerra para los trabajadores organizados; que pueden subsidiar la propaganda revolucionaria, etc. Esto es cierto... pero no siempre! En general, las cooperativas formadas por subversivos tienen muchas deudas y pocos y muy pobres *tesoros*; y las rarísimas que se vuelven ricas tienden a no comprometerse con contactos peligrosos y solidaridades revolucionarias que les disminuirían el crédito. A veces una cooperativa puede dar alguna utilidad al movimiento revolucionario; excepcionalmente, también bajo este aspecto. Pero esto no prueba nada. También un obrero que se haya hecho propietario y que siga siendo revolucionario, puede ayudar a la propaganda, socorrer a sus compañeros, etc. Mas esto no basta para hacernos creer que, al hacerse propietario, el obrero haya realizado una obra revolucionaria!

Por consiguiente, no es tarea de los revolucionarios como tales el crear cooperativas, y su propaganda debe tender a hacer sentir a los trabajadores la absoluta incapacidad de la cooperación para convertirse en movimiento de emancipación. Ella, en substancia, cuando resulta, no combate al capitalismo sino que vive de él. Y la lucha que realiza es también de concurrencia económica, en el ámbito burgués, como la concurrencia que se hacen los capitalistas entre ellos. En esta lucha es deber de los revolucionarios estar de parte de los obreros, porque siempre se debe ser solidario con éstos contra los capitalistas. Pero no debemos disimularnos que desde el punto de vista de la revolución expropiadora el resultado es nulo o casi nulo.

Si los braceros de la provincia de Rávena, por ejemplo, en el 1910-11 lograron imponer a muchos propietarios el uso de las máquinas de sus cooperativas, obtuvieron indudablemente una ventaja económica. Pero la utilidad revolucionaria cesó al cesar la lucha, que tuvo una virtud anticapitalista solo en cuanto fué una lucha contra los capitalistas, librada con métodos de acción directa independientemente del fenómeno cooperativo que la caracterizó. Así su victoria, independientemente de los frutos moralmente revolucionarios que toda lucha incluye, no hizo dar a los trabajadores un solo paso hacia la revolución.

Decía ya que todas estas razones nuestras adversas al cooperativismo no llegan a empujar a los anarquistas, en el terreno práctico, a dañar o perjudicar el movimiento cooperativo que, independientemente del movimiento anarquista, se desarrolla bajo el impulso de los diversos intereses y necesidades del momento.

Impedir a los obreros buscar su conveniencia, a riesgo propio, uniéndose en cooperativas, procurar arruinar a las cooperativas que surgen, etc., sería, además de antilibertario, una tentativa inútil, antipática y odiosa. Los anarquistas deberían, en substancia, decir a sus compañeros trabajadores:

"Si eso os place y os beneficia, haced vuestra cooperativa; pero recordad que con ello podréis alcanzar una utilidad limitada a vuestras personas, no una utilidad para toda vuestra clase; y aun para vosotros, no una utilidad sólida y duradera, sino del todo transitoria. La cooperativa puede daros solo algún pequeño beneficio subordinado al régimen de monopolio y de privilegio de la sociedad actual. Para liberaros de este régimen, nada real y positivo habréis hecho hasta que no lo hayáis abatido, hasta que no hayáis hecho la revolución".

Lo más importante no es obstaculizar de hecho la cooperación. No deben los anarquistas acarrear a los obreros un perjuicio, sea pequeño o grande, en nombre de sus principios abstractos y de sus preferencias de método; y por otra parte, la tendencia de los obreros a estar mejor, aun en el régimen de opresión, es demasiado inherente a la naturaleza humana para que un consejo que la contrarie pueda ser escuchado por muchos. Lo importante es que la cooperación no genere la ilusión de que ella es un instrumento de transformación social o una realización práctica socialista, ni siquiera mínima. Es un negocio, lo repetimos, nada más que un negocio, que por necesidad de vida, por la necesidad común de mejorar sus condiciones, los obreros de cualquier partido o idea pueden intentar. Pero es siempre un negocio que nunca debe ser subordinado al movimiento proletario de resistencia y de lucha de clases, ni confundido con el movimiento revolucionario.

A los revolucionarios, a los anarquistas, en la práctica, les corresponde sobre todo impedir que se dé al movimiento cooperativista un significado y una importancia diversa y superior a la que tiene: es decir, impedir que el cooperativismo haga desviar a esta o aquella fracción del proletariado del recto camino de la acción general de clase y de la lucha revolucionaria. Para los fines de la revolución basta combatir en toda actividad cooperativista de los obreros las tendencias politicantes, el sometimiento a las personas o a los poderes públicos; basta impedirles, en lo posible, toda función explotadora, toda condición de privilegio, toda desigualdad, todo compromiso que lesione la solidaridad obrera y turbe el libre desenvolvimiento de la lucha de clases.

Si las cooperativas surgen en el seno del proletariado organizado, ellas no deben adquirir predominio, y sus intereses particulares deben constantemente estar subordinados a los intereses de toda la clase. Por eso deben las cooperativas mantenerse en contacto con la organización de clase y armonizar su función con la acción de resistencia y de conquista desenvuelta por las uniones de oficio y con su lucha contra el capitalismo. Si se consigue, esto hará más fácil combatir y prevenir el peligro del cooperativismo, y recoger al mismo tiempo todos los pequeños beneficios materiales posibles para la batalla revolucionaria.

Pero no hay que hacerse ilusiones al respecto: el resultado será siempre relativo.

Concluyendo. En línea general: aversión y desconfianza hacia la cooperación, manifestables por medio de la propaganda, buscando persuadir a los trabajadores de que la escasa y problemática utilidad que puedan recabar de las cooperativas no tiene ninguna relación con los métodos y los fines de la revolución anticapitalista, y no debilita en lo más mínimo al régimen capitalista mismo. En la práctica: acción desde fuera o desde dentro, según que por razones personales se participe o no en ellas, para que las cooperativas escapen a la dependencia de los politicantes, no se substraigan a los deberes de la solidaridad en la lucha con el capitalismo, no se encierren en su egoísmo corporativo, y su función esté subordinada a las organizaciones de resistencia.

No podemos prever en qué medida se podrá alcanzar esto: es decir, hasta qué punto será posible por un lado disminuir la ilusión cooperativista y por el otro evitar los peligros y daños. También en esta cuestión el proletariado escuchará solamente la lección que le vendrá de la dura experiencia.

Pero para que los anarquistas, cumplida la experiencia, puedan recoger los frutos de la desilusión y dirigir la acción obrera hacia una vía más revolucionaria, deben desde ya decir su pensamiento pesimista y adverso; y no importa que con esto hagan el papel de Casandras inescuchadas. Y deben también, como hombres de partido y como militantes, negarse a asumir responsabilidades de hecho y directivas en el movimiento cooperativista, limitando su acción a impedir, con todos los medios honestos y leales, que se atraviese y se ponga contra la acción directa y revolucionaria del resto de la clase trabajadora.

Lo que sobre todo interesa, — como se ha dicho muchas veces en otros artículos precedentes, a propósito de tantos otros asuntos, — es que, sin ponerse contra los intereses específicos y contingentes de los obreros, aun teniéndolos en la debida consideración, no se pierda nunca de vista el fin último de todo el movimiento obrero: la revolución para abatir el monopolio capitalista y estatal y para hacer surgir una sociedad humana de libres y de iguales.

Luigi Fabbri

Progresos de la reacción

TRANI (1874-1923)—

Los camaradas italianos han hecho hace poco una estadística macabra en la que figuran quince siglos, 1500 años de reclusión distribuídos en los últimos procesos de Trani, Lucera, Arezzo, contra elementos agrarios adversos al fascismo. Los bravos campesinos de Minervino, Ceriñola y los mineros de Valdarno, que se atrevieron a levantar la bandera de la insumisión contra las hordas reaccionarias han sido condenados a sufrir penas de 30, de 20, de 25 años, etc., de reclusión. En total, los condenados en los últimos procesos ya mencionados soportan sobre sus espaldas, que no quisieron llevar sin protesta la carga infamante de la reacción fascista, quince siglos de prisión. ¡Casi un centenar de compañeros nuestros condenados a ser sepultados vivos en las mazmorras fascistas! Pensamos en los mineros de Valdarno, tan activos y tan solidarios siempre, tan dispuestos en todo momento a dar pruebas de su espíritu revolucionario, del cual tenemos una prueba en aquel hermoso gesto que tuvieron cuando el gobierno italiano negaba papel e imposibilitaba la salida de "*Umanità Nova*"; bastó que amenazaran con suspender el trabajo para que *Umanità Nova* recibiera inmediatamente papel y se viera libre de los obstáculos interpuestos a su salida. Pero hoy Valdarno, ese centro de agitación y de propaganda, no existe ya; los más decididos de sus defensores de los derechos del trabajo acaban de desaparecer tras los cerrojos de las cárceles.

Trani se ha distinguido en estos tiempos por la monstruosidad de las condenas dictadas en sus tribunales; en una de las últimas farsas legales a que el fascismo recurre también como si fuera poco el revolver, la granada de mano, el puñal, etc., los campesinos de Minervino Murge, procesados por delito de insurrección, recibieron más de *cinco siglos* de reclusión: las penas ordinarias fueron de 30 a 15 años.

Estos cinco siglos de prisión dictados en un solo proceso por los tribunales de Trani nos traen a la memoria el año 1874 y siguientes, memorables en la historia de la Internacional italiana por la serie de procesos que tuvieron lugar en esa época. He aquí como describe Carlos Cafiero el proceso de Trani, en el cual estaba también incluído Malatesta:

"Los debates duraron cinco días y nunca la ciudad de Trani presentó un espectáculo más hermoso y más conmovedor que en esa ocasión. Toda la población se interesó vivamente en el proceso, no sólo la parte instruída,... sino también lo que se llama el "pueblo bajo," los oprimidos y los que sufren... El jurado estaba compuesto de los propietarios más ricos de la provincia y se había desplegado un gran aparato militar... La requisitoria del ministerio público fué lo que es siempre, un tejido de atroces calumnias e injurias. Dirigiéndose a los jurados el órgano del ministerio público ha dicho estas palabras: "Si no condenáis a estos hombres, vendrán un día a quitaros vuestras mujeres, a violar vuestras hijas, a robar vuestras propiedades, a destruir el fruto de vuestros sudores, con la deshonra en la frente". Y bien, a pesar de estas ridiculeces con que se quiso asustarlo, el jurado ha pronunciado un veredicto de absolución, y, después del juicio, fué a estrechar la mano de los acusados y se mezcló a la multitud, que hizo una verdadera ovación a los socialistas a su salida de la cárcel. En toda la ciudad, en todas las reuniones, tanto privadas como públicas, nuestros amigos fueron objeto de las más cordiales demostraciones; y a juzgar por los numerosos testimonios de adhesión dados a nuestros principios en esa circunstancia, debemos concluir que en Puglia la propaganda de la internacional ha dado pasos de gigante. ¡Oh, que multiplique el gobierno los procesos! Podrán costar a algunos de nosotros varios años de cárcel, pero harán un bien inmenso a nuestra causa".

¿Qué diría hoy el pobre Cafiero del proceso de Trani y de esa ciudad que ha visto indiferente o amedrentada un crimen legal semejante al que amontonó cinco siglos de reclusión sobre unos cuantos campesinos rebeldes?

La reacción progresa, es indudable, y no siempre podemos decir que los sentimientos morales del hombre evolucionen en un sentido progresivo. Actualmente atravesamos una de las más horrorosas crisis morales de la historia. Ninguna monstruosidad conmueve a los pueblos; después de la guerra mundial han desaparecido de nuestro corazón las fibras sensibles. No negamos que la revolución constituye incesantemente un espectro amenazante que llama a las puertas del porvenir y que las clases privilegiadas obran bajo el dominio de su propio terror ante el peligro revolucionario, pero en este momento los crímenes de la reacción internacional no están en proporción con los ataques revolucionarios. Hoy la revolución está solo en la defensiva, y en algunos países ni siquiera en la defensiva puede mantenerse.

Por lo demás los cinco siglos de reclusión distribuídos en los tribunales de Trani con motivo del último proceso contra los campesinos de Minervino Murge, no significan para los revolucionarios del mundo un crimen más repugnante que los últimos crímenes de la república soviétista rusa contra los anarquistas, cuya lista nos trae el último número de la revista *Anarchitcheskiy Vestnik*. ¡También los camaradas rusos pueden hacer estadísticas tan macabras como los italianos!

La reacción contra los elementos revolucionarios no es un privilegio de la patria del fascismo; también impera soberana en el dominio de la "república de los obreros y campesinos".

Pedro Kropotkin — Conferencias

La Editorial LA PROTESTA, ha puesto a la venta el primer volúmen de las Conferencias de Kropotkin.— Además de "El Estado — su rol histórico" — importante tema de suma actualidad, desarrollado en diez capítulos, éste volúmen contiene otra conferencia titulada: "El Estado Moderno", con los siguientes capítulos: *El principio esencial de las sociedades modernas — Siervos del Estado — El Impuesto, medio de crear los poderes del Estado — El Impuesto: medio de enriquecer a los ricos — Los monopolios — Los monopolios del siglo XIX Los monopolios en la Inglaterra constitucional—En Alemania — Los reyes de la época — La guerra — Rivalidades industriales — La alta finanza — La guerra y la industria — Crisis industriales debido a las previsiones de las guerras — Los caracteres esenciales del Estado — El Estado ¿puede ser un intrumento de emancipación de los trabajadores? — El Estado constitucional moderno — ¿Es razonable reforzar el Estado actual? — Conclusión.*

Precio del tomo . . . . . $ 0,50
Encuadernado en tela . . . $ 1,50

La cadena infinita

Literatura-Arte-Ciencia

Un dibujante de Montmartre

A. Steinlen

No hay dibujante moderno cuya obra sea tan completamente admirada como la de Steinlen. En donde quiera que haya un estudio, en París, en Londres, en Munich y hasta en Tombuctú, se guardarán en un lugar reservado, uno o dos números de "Gil Blas Ilustré", ilustrado por Steinlen, y estos números habrán sido discutidos, y, con seguridad, calurosamente elogiados.

El "pintor de pintores" es, por regla general, un maestro de la técnica, uno de esos hombres que alardean de su indiscutible dominio del procedimiento empleado — una excepción de esta regla son los hombres en cuyas obras se refleja el esfuerzo del cerebro, y en las cuales el pensamiento hace olvidar los ligeros defectos de la técnica. En la dulzura y la "delicadeza" consiste el colmo de la perfección técnica para los poco inteligentes, los cuales, en los cuadros de figura, prefieren muchas veces un pensamiento trivial a una verdadera obra de arte, y si de paisajes se trata, gustan más de las bellezas insípidas que de lo grandioso y original.

Así como puede decirse con justicia, que la popularidad de Millet es manifiesta, puede afirmarse también que "el Millet de las calles", será igualmente apreciado en toda época y en todo lugar. La obra de Millet, el cual se dedicó a interpretar la vida de trabajo de los aldeanos franceses, fué confirmada por Steinlen, que interpretó la de los vecinos de los barrios extremos de París.

Era natural de Lausanne. En 1882 se estableció en París; allí sufrió muchas privaciones y tuvo que vencer muchas dificultades hasta conseguir que le admitieran un dibujo en *Le Chat Noir* y dar así el primer paso en el camino que había de llevarlo a la fama.

Los primeros estudios notables de Steinlen son de gatos y de niños. En el "Gato Negro" fué en donde encontró a los escritores cuyas obras había de ilustrar más adelante; principalmente conoció al apasionado poeta Arístides Bruant, cuyos valientes poemas despertaron en Steinlen el amor a la vida y le inspiraron sus mejores dibujos.

El campo de operaciones de Steinlen era lo que antes se llamaba los barrios excéntricos de París, es decir las casi i. exploradas afueras de la *Ville Lumiere*, que están separados de la ciudad propiamente dicha por los pulcros boulevares exteriores. Muchos de estos arrabales fueron en otro tiempo tranquilos pueblecillos; pero la metrópoli se los ha zampado y hasta los ha digerido con más o menos facilidad. Y así resulta que en muchos de ellos se ven en caprichosa confusión humildes casitas rústicas codeándose con lujosos edificios de alquiler o con enneg recidas fábricas empujadas hacia las afueras por el afán de la ciudad de extenderse cada vez más. Artistas, escultores y otros muchos hombres más o menos aficionados a la bohemia, algunos de ellos muy célebres y de talento, encontraron su hogar en la empingorotada roca de Montmartre.

STEINLEN — Revolución

Uno de ellos era Steinlen, el cual vivía encaramado en lo más alto, sobre los millares de relucientes tejados, torres y cúpulas de París, que parecía hervir a sus pies.

Aldeanos, obreros, pordioseros, desequilibrados vagabundos, los que luchan contra la miseria y los que viven de ella, encontraron en Steinlen un intérprete que los estudia y los recuerda con simpatía. Los comprende, tiene un corazón muy hermoso y los compadece. Nos lo demostrándonos como un pequeño rasgo de amor al prójimo bastaría para unir a toda la humanidad y para evitar que hubiese desgraciados.

Nos enseño que los criminales son lo que la naturaleza y las circunstancias han querido que sean. En sus asuntos jamás desciende a esos detalles mezquinos, groseros o maliciosos que tanto abundan en la obra de algunos de sus célebres compañeros. La inagotable ternura de su corazón, se revela en sus bellísimos dibujos, en los cuales, como si quisiera contrabalancear la influencia de la brillante vivacidad de la obra de la mayor parte de los dibujantes franceses, alardea de un vigor y de una serenidad extraordinarios.

STEINLEN — Azotacolles

Steinlen es un artista fecundo. La más importante de las publicaciones cuyas páginas ha ilustrado, es el *Gil Blas Ilustré*.

Fué Steinlen quien tuvo la idea de publicar diariamente este periódico parisiense con un suplemento que había de venderse los domingos, y que contendría novelas, poesías y dibujos tirados a dos tintas.

De su estilo más corriente pueden citarse dibujos tan admirables como la escena del suicidio, titulada *A l'eau*; la terrible lucha en una calle, que lleva el nombre de *Voix du sang* o *Le Vagabond*, *L'Immolation*, *Pour les Amoureux et pour les Oisseaux*, *Marchand de charrons*, *Le 14 Juilet* y otros cientos igualmente dignos de especial atención.

En 1895 el *Gil Blas* empezó a emplear más tintas en estas reproducciones, y Steinlen aprovechó la ocasión haciendo algunos trabajos en color, de los que son una muestra *La terre chante au Crepuscule*, *Le poil de carotte* y otros muchos.

La descripción de algunos de estos notables dibujos, puede servirnos para comprender mejor su personalidad.

Primeramente nos muestra unas melancólicas, supersticiosas aldeas bretonas; un mendigo ciego y cojo acaba de llegar arrastrándose, gracias a sus muletas. Nos parece oír los destemplados lamentos con que pide limosna y que escuchan unos chiquillos, los cuales, al ver al forastero, sienten más miedo que compasión.

Menos terrorífico es un dibujo en el que aparece una robusta y sanota moza de una granja, rodeada de gallos y gallinas y haciendo resonar sus zuecos de madera contra las piedras del patio; o aquel otro de las dos sonrosadas lavanderas cargadas con tres enormes cestos de ropa blanca.

En otro dibujo nos transporta junto a una muchedumbre ocupada en pensamientos enteramente distintos. La bandera de la rebelión ha sido enarbolada y un populacho frenético invade la calle persiguiendo a sus víctimarios.

Steinlen no tiene rival en los anuncios artísticos. Su anuncio de "París", el libro de Zola, era por sí solo un poema; y en *La tournée du chat noir*, el noble animalito está pintado de una manera magistral. Su valiente cartel "La Feuille" y otros muchos programas y caprichos son también dignos de admiración.

Steinlen ha producido preciosos aguafuertes, en color y a dos tintas, y cuadros al óleo tan hermosos como *Les Blanchisseuses*.

Francisco L. EMANUEL

Versos de hoy

Tacho municipal

Solo, en la calle, se halla el tacho,
herméticamente cerrado.

(Porque encierran en él la cosa fea
que algún político en su cráneo encierra).

Dilema

Son los templos sombríos, húmedos, silenciosos...
Por las calles alegres, soleadas,
cruza la vida con fervido vocear!...
Y aquí surge el dilema: ¿son las calles
o son los templos los que están demás?

Meaderos

¡Oh, mármol de meaderos, ¡ay!, triste,
ser mármol de una estatua pudiste!

Viendo pasar jóvenes por Florida

¿Han quedado por ventura las tiendas
(sin maniquíes?...

Endecha a un adoquín

Noble adoquín: cuán miserable
con vos compórtase el destino
que, a ser pisado, vos condena
en una calle cuando, ungido,
estar podríais por la fama...
sobre los hombros de un ministro!

Antón Chejov

UN ACONTECIMIENTO

Grícha, un muchacha de siete años, no se apartaba de la puerta de la cocina, y espiaba por la cerradura. En la cocina sucedía algo extraordinario; al menos, tal era la opinión de Grícha, que no había visto nunca cosas semejantes. He aquí lo que pasaba.

Junto a la gran mesa en que se picaba la carne y se cortaba la cebolla, hallábase sentado un rollizo y alto "mujik", en traje de cochero, rojo, con una barba muy larga. Su frente estaba cubierta de sudor. Bebía té, no directamente en la taza, sino en un platillo sostenido con los cinco dedos de su mano derecha. Mordía el azucar, y hacía, al morderlo, un ruido que escalofriaba a Grícha.

Frente a él, sentada en una silla, se hallaba la vieja nodriza Stepanovna. Bebía también té. La expresión de su rostro era grave y solemne. La cocinera Pelageya trasteaba junto al hornillo, y estaba, visiblemente, muy confusa. Por lo menos, hacía todo lo posible para ocultar su rostro, en extremo encarnado, según los atisbos de Grícha.

En su turbación, ya cogía los cuchillos, ya los platos haciendo ruido, y no podía estarse quieta ni sabía qué hacer de su persona. Evitaba mirar a la mesa, y si le dirigían una pregunta, respondía con voz severa y brusca, sin volver siquiera la cabeza.

—¡Pero tome usted un vasito de "vodka"! — decía la vieja nodriza al cochero. Sólo toma usted té.

Había colocado ante él una botella de "vodka" y un vasito, poniendo una cara muy maliciosa.

—Se lo agradezco a usted; no bebo nunca — respondió el cochero.

—¡Qué cosa más rara! Todos los cocheros beben... Además, usted es soltero y no tiene nada de particular que, de vez en cuando, se beba un vasito. ¡Se lo ruego!

El cochero, con disimulo, lanzó una mirada a la botella; luego a la cara maliciosa de la nodriza, y se dijo:

—Te veo venir, vieja bruja; quieres saber si soy bebedor. No, vieja, no caeré en tu trampa.

—Gracias, gracias, no bebo. Con mi oficio sería peligroso beber. Un obrero cualquiera puede permitírselo, pues está siempre en su taller, mientras que nosotros los cocheros estamos casi siempre ante el público. Además es preciso tener cuidado del caballo, que se puede escapar cuando se halla uno en la taberna. Por otra parte, estando uno borracho, puede caerse del pescante. No; a nosotros los cocheros no nos conviene la bebida. Debemos guardarnos de beber.

—Diga usted, Danilo Semenich, ¿cuánto gana usted al día?

—Según. A veces gano hasta tres rublos, y hay días en que no gano nada. Hay buenos y malos días...

En fin; en estos tiempos, nuestro oficio no vale nada. Los cocheros son demasiado numerosos, el heno cuesta caro, y los clientes, por su parte, prefieren tomar el tranvía a tomar un coche. No se pueden hacer grandes negocios con clientes así. Pero, en fin, yo no me quejo; a Dios gracias, estoy alimentado, vestido, y tengo cuanto necesito.

Dirigiéndole una mirada a la cocinera añadió:

—Hasta podría hacer feliz a cierta persona... si no me rechazara.

Grícha no oyó la continuación del diálogo, porque, en aquel momento, apareció su mamá y lo echó.

—¡Vete a tu cuarto! No tienes nada que hacer aquí.

Obedeció. Cuando estuvo en su cuarto, abrió un libro de estampas; pero no podía leer: todo lo que acababa de ver y de oír le había dejado perplejo.

Había oído a mamá decir a papá que la cocinera se casaba. ¡Era una cosa tan extraña! No acertaba a explicarse por qué se casaba, ni por qué se casa la gente, en general. Papá, se había casado con mamá; la prima Vera, con Pablo Andreyevich. Aun concebía que existiese quien pudiera casarse con papá o con Pablo Andreyevich, que vestían muy bien, llevaban siempre las botas brillantes, y tenían gruesas cadenas de oro. Pero casarse con aquel terrible cochero que tenía la nariz roja, que iba mal vestido, y que estaba siempre sudando, ¡qué extraña idea! Era algo de todo punto incomprensible. ¿Y por qué la vieja nodriza Stepanovna tenía tal empeño en que la pobre cocinera se casara con aquel monstruo?

Cuando el cochero se marchó, la cocinera entró en el comedor y se puso a arreglarlo. Su turbación no la había aun abandonado, y su rostro seguía rojo. Aunque tenía la escoba en la mano, no barría casi, y era indudable que trataba de prolongar su estancia en el comedor indefinidamente. La mamá de Grícha estaba allí, y no decía nada a la cocinera, la cual bien se veía que estaba esperando sus preguntas. Al fin, la cocinera, no pudiendo ya contenerse, comenzó a hablar.

—¡Se ha ido! — dijo.

—Sí. Parece un buen hombre. — respondió la madre de Grícha sin levantar los ojos de su bordado — un hombre sobrio, serio.

—¡No me casaré, palabra! — exclamó de repente la cocinera, con el rostro más rojo aun —. ¡No quiero! ¡No quiero!

—¡No digas tonterías! Tú no eres ya una niña. Es un paso muy grave. Se debe reflexionar antes de darlo. Dímelo francamente: ¿te gusta?

Grícha, al principio de la conversación, se había deslizado en el comedor, y, sin moverse de un rincón, escuchaba con gran interés.

—¿Lo sé yo acaso?

—¡Qué bestia es! — pensó Grícha —. Debía decir claramente que no le gusta.

—Dímelo, no tengas vergüenza. ¡Déjate de dengues!

—Cuando yo le digo a usted, señora, que no lo sé... Además es un hombre ya entrado en años.

En aquel instante penetró la vieja nodriza.

—¡Tonterías! — protestó —. No tiene aun cuarenta años. Aparte de eso, no es un joven lo que tú necesitas; no se puede nunca tener confianza en los jóvenes... ¡No hables más, y cásate con él!

—¡No quiero! — exclamó la cocinera una vez más.

—¡Dios mío! ¡Qué estúpida eres! ¿Qué es lo que necesitas. ¿Un príncipe? Debías estar contenta. Ya es hora de que olvides a los carteros y a los criados que te hacen la corte; esos nunca te hablarán de casarte...

—¿Es la primera vez que has visto a ese cochero? — preguntó mamá.

—¡Naturalmente! ¿Dónde iba a haber visto a ese diablo? Lo ha traído Stepanovna...

Durante el almuerzo, cuando la cocinera estaba sirviendo a la mesa, todos la miraban sonriendo, y la hacían rabiar con alusiones a su cochero. Ella se ruborizaba, y hallábase en extremo confusa.

—Debe ser una vergüenza eso de casarse — pensaba Grícha.

El almuerzo estaba muy mal preparado; la carne muy mal asada. Luego, la cocinera dejaba caer a cada instante platos y cuchillos. No obstante, todos comprendían su estado de ánimo, y nadie la hacía reproches. Únicamente con motivo de haber roto algo la pobre mujer, el papá de Grícha apartó con violencia su plato, y dijo a mamá:

—¡Es en ti una verdadera manía el afán de casar a la gente! Más valía la dejases arreglárselas ella sola.

Después del almuerzo la cocina se llenó de cocineras y criadas de la vecindad. Hasta muy entrada la noche se oyeron allí murmullos misteriosos; las domésticas de todo el barrio estaban ya enteradas, no se sabe cómo, de que la cocinera quería casarse.

Habiéndose despertado a cosa de las doce, Grícha oyó a la vieja nodriza y a la cocinera hablar en voz baja del otro lado del tabique. La cocinera, tan pronto lloraba como prorrumpía en risitas, mientras la vieja Stepanovna hablaba con un tono grave y convincente. Cuando Grícha se durmió de nuevo, vió en su sueño a un monstruo de roja nariz y luenga barba llevarse a la pobre cocinera por la chimenea.

Al día siguiente, todo había recobrado su calma; la vida de la cocina seguía su curso, como si el cochero no existiese ya. Únicamente, a veces, la vieja nodriza se ponía el chal nuevo, y, con expresión grave y solemne, se marchaba por una o dos horas, probablemente a conferenciar. La cocinera no volvió a verse con el cochero, y cuando le hablaban de él, se ponía como un tomate, y exclamaba:

—¡Que el diablo se lo lleve! ¡No quiero ni que me lo nombren!

Una tarde, la madre de Grícha entró en la cocina y le dijo a la cocinera:

—Escucha: tú puedes, como es natural, casarte con quien te dé la gana; pero te prevengo que tu marido no podrá vivir aquí. Ya sabes que a mí no me gusta que haya nadie en la cocina. Y tampoco quiero que te vayas de noche.

—Pero, señora, ¿para qué me dice usted eso? A mí no me importa ese hombre. Por mi parte, puede reventar.

Un domingo por la mañana, como mirase Grícha al interior de la cocina, se quedó con la boca abierta.

La cocina estaba llena de visitas. Se encontraban allí todas las cocineras y criadas de la vecindad, el portero, un suboficial, y un muchacho a quien Grícha conocía por el nombre de Filka. El tal Filka iba siempre sucio, harapiento, y ahora estaba lavado y peinado, y sostenía con ambas manos un icono. En medio de la cocina hallábase la cocinera Pelageya, vestida con un flamante traje blanco, y adornados los cabelos con una flor. A su lado se veía al cochero. Los nuevos esposos estaban encarnados y sudando a mares.

—Bueno; me parece que es tiempo — dijo el suboficial, después de un largo silencio.

Pelageya empezó a hacer pucheros, y prorrumpió, al fin, en sollozos. El suboficial tomó de la mesa un gran pan, se colocó junto a la vieja Stepanovna, y procedió a las bendiciones. El cochero se acercó a él, le saludó humildemente, y le besó la mano. Pelageya siguió, de un modo automático, su ejemplo. Al cabo, la puerta se abrió, se llenó la cocina de nubes de vapor, y todo el mundo se dirigió con gran algazara al patio.

—¡Pobre infeliz! — pensaba Grícha oyendo los sollozos de Pelageya. — ¿A dónde la llevan? ¿Por qué ni papá ni mamá hacen nada para protegerla?

Terminada la ceremonia de la boda, todos los invitados volvieron a la cocina. Hasta las nueve de la noche tocaron el acordeón y cantaron. La mamá de Grícha no hacía más que lamentarse de que la vieja Stepanovna oliese a "vodka", y de que nadie se cuidase del "samovar". Pelageya se hallaba ausente, y cuando Grícha se acostó no había vuelto todavía.

—¡Pobre infeliz! — pensaba Grícha, al dormirse — Probablemente estará ahora llorando en algún rinconcito. El monstruo del cochero acaso le pegue.

A la mañana siguiente, Pelageya encontrábase ya en la cocina. También estuvo allí unos instantes el cochero. Le dió las gracias a la madre de Grícha, y dirigiéndole una mirada severa a Pelageya, dijo:

—Tenga usted la bondad, señora, de vigilarla... Sea usted para ella como una madre.

—Y usted también, Stepanovna — añadió encarándose con la vieja nodriza —, vigílela... Que no haga tonterías.

Luego, volviéndose hacia la madre de Grícha, dijo:

—¿Haría usted el favor de darme cinco rublos a cuenta del sueldo de Pelageya? Mi coche necesita una reparación.

Esto era un nuevo enigma para Grícha. Pelageya había sido hasta entonces completamente libre; no había tenido que dar cuenta a nadie de su conducta, y ahora aquel extraño, llegado no se sabía de dónde, tenía derecho a intervenir en sus acciones y a quedarse con su dinero... ¡Hay cosa extrañas en el mundo!

Sintió una gran lástima de Pelageya, aquella víctima de la injusticia humana. Cogiendo del aparador la manzana más grande, se deslizó hasta la cocina, puso la manzana en la mano de Pelageya, y echó a correr, conmovidísimo.

Muletas

Por la calle marcha el cojo,
sus muletas dicen: toc, toc, toc, toc...
y sus muletas mentales
dicen: doctor, doctor, doctor...

A oscuras como hace dos siglos

Esta noche la ciudad quedó a oscuras...
¿Ha caído algún diluvio de curas?

Álvaro Yunque

Bs. As. 1923.

En esta sección nos ocuparemos de todas las obras que nos envíen.
We will make a criticim on any book that will be sent
Fará la critica di tutti i libri che riceva.
Fera la critique de toutes les ouvres qui seront envoyées.

LOS LIBROS

ETICA, por Pedro Kropotkin

Primer tomo: *Ur sprung und Entwicklung der Sittlichkeit* (Origen y evolución de la moralidad) Traducción del ruso. (Verlag *"Der Syndikalist"*, Berlin, 1923).

La simple noticia de que la última obra capital, — la culminación del trabajo de su vida, — del moribundo Kropotkin acaba de aparecer en su primer parte como voluminoso libro en idioma alemán, debía bastar para que todo anarquista, todo pensador libre, todo ser humano en general reviva ese libro con alegría y comience su estudio. A la miseria y el dolor de esta triste época se agrega para nosotros esta otra triste circunstancia de que justamente en estos años la voz de casi todos los mejores de los nuestros que podían fomentar intelectualmente nuestras ideas y exponerlas en una forma atractiva en interés de todo el mundo, enmudeció ante la muerte, desde Reclús y Tolstoi hasta Kropotkin, Gustav Landauer y otros. No se es por tanto ningún venerador de héroes si se conviene y concluye reposadamente que estos hombres no han sido repuestos intelectualmente todavía, que probablemente no pueden desarrollarse por ahora talentos semejantes en el terreno bajo toda relación devastado de nuestro tiempo, y que, por consiguiente, es doblemente necesario para la más firme fundamentación en nosotros de las ideas libertarias y para la ampliación de nuestro horizonte mental, tomar por punto de partida las obras de estos muertos, leerlas con la más completa atención e intentar, el que pueda, ampliar sus pensamientos y por ese medio llevar algo nuevo al gran reino de la libertad que tan solo inferimos y que aún está tan poco cultivado.

La *Etica* de Kropotkin, vol. I, apareció en el verano de 1922 en Moscú, según el original ruso, editada por N. K. Lebedeff. En caracteres hebreos aparece desde hace algunos meses en la "Freie Arbeiterstimme" de New York como folletín. La edición que apareció en alemán en la editorial del. "Der Syndikalist" en junio de 1923, es por consiguiente la *primera* que se ofrece en una forma lingüísticamente accesible en general al público alemán e internacional.

La obra tiene una larga historia preliminar y surgió de los estudios que inició Kropotkin inmediatamente después de la publicación de sus *Memorias* (1899) y la colección de sus artículos económicos, *Campos, Fábricas y Talleres* (1901) y tuvo el propósito de exponerla primeramente en una serie entera de artículos en "Nineteenth Century". De ellos aparecieron dos en agosto de 1904 y en marzo de 1905, elaborados con extraordinaria atención, que constituyen el primer y el tercer capítulo del presente volúmen: "Las necesidades éticas del presente" y "La moralidad de la naturaleza". Escribía un tercer artículo en aquel verano de la primera revolución rusa, en el año que trajo la masacre de enero ante el palacio de Invierno, la revuelta del barco de guerra Potenkin en Odessa, la huelga general y el movimiento de octubre en Petersburgo, finalmente la malograda rebelión de nochebuena en Moscú, — cuando le absorbió naturalmente el presente directo, y los estudios éticos quedaron relegados. Ciertamente estudió siempre, yo lo encontraba algunas veces en el British Museum, de donde sin embargo desaparecía algunas horas; después relató que se ejercitaba en un campo de tiro y se hallaba satisfecho de que aun podía muy bien apuntar y dar en el blanco. Decía que regresaba a Rusia y creía que podía muy bien necesitar aun eso en las luchas callejeras que habían apenas comenzado y que podían preparar la caída del viejo régimen, nuevamente repuesto por el conde Vitte. Por aquella época estuvo dos veces preparado y listo su viaje a Rusia, en diciembre de 1905 y en mayo de 1906, pero tenía lugar siempre una reacción tan salvaje que le privaba de la base para el más ínfimo comienzo de una actividad en el sentido de sus ideas e igualmente quedaban ya muy pocas esperanzas de un movimiento general revolucionario.

Permaneció por consiguiente en Inglaterra y trató de acercarse a la esencia de una verdadera revolución por la vuelta a sus viejos estudios sobre la revolución francesa, que consideró ahora críticamente a la luz de los sucesos revolucionarios rusos de 1905 y 1906; por el contrario, el viejo modelo francés le ayudó a interpretar el presente ruso. De ahí se originó el libro: *"La Gran Revolución"*, 1879—1793 (1909). Pero después le atrajo toda la evolución histórica del socialismo y de la ciencia y amplió un pequeño escrito de 1901, que formó: *"La Ciencia Moderna y el Anarquismo"* (1913), que en su forma definitiva, que yo sepa, todavía no apareció en alemán. (Aparecerá probablemente en 1924 en la editorial "Der Sindikalist"; en español es también desconocido este libro en su forma completa. N. del T.) Igualmente fué provocado por la crítica de la parte darwinista a nuevas investigaciones sobre uno de sus temas principales, la "ayuda mútua", sobre la histórica de la evolución, etc. y expuso éstas en cinco grandes artículos cuyo carácter es específicamente algo científico-natural, pero que pueden ser recogidos como la más madura obra de sus estudios en este dominio (1910 y 1912); una edición alemana de esos escritos explicaría y beneficiaría esencialmente el estudio de la "Etica".

En estos años desde 1909 se abismó todavía en distintos otros planes literarios, sobre los cuales contienen alguna aclaración sus cartas a L. Bertoni (1909—1913); perdió mucho tiempo en la revisión de las traducciones rusas y otras, de sus libros y su fuerza de trabajo era disminuída por la enfermedad y temporalmente por completo paralizada. Por tanto retrocedió en cierto modo ante la reanudación de sus artículos éticos, que le habrán impuesto un trabajo intensivo constante, sin que por eso perdiera de vista el asunto, que le exigía la lectura continua o la revisión de viejos y nuevos escritos. Pero después vino la guerra que lo absorbió completamente, sobre la cual, por lo demás, me falta un conocimiento propio más íntimo; estuvo también entonces largo tiempo muy enfermo.

Después vino la revolución rusa de 1917, que por su evolución — que en ninguno de sus períodos se acercó a sus ideas, y su salud empeorada indefinidamente desde hacía tiempo, le imposibilitaba la acción personal en favor de esas ideas ante un gran público —, que por su evolución, como se ha dicho, le preparaba tanto dolor como su nacimiento, su intensidad y duración le ocasionó de alegría. Comenzó para él en el verano de 1918 el retiro en la pequeña ciudad de Dmitrov, un tiempo que encerró para él probablemente todo, desde el idilio a la tragedia, episodios amistosos en el tráfico con los visitantes y las simpáticas gentes locales, campesinos o miembros de las sociedades cooperativas, y terrible aislamiento, falta de libros, de alimentos, de luz y calor. En ese ambiente volvió a tocar la *Etica* para, sintiendo cerca la muerte, ofrendar al mundo los resultados de un trabajo de muchos años, y trabajó en ella hasta que el cuarto invierno de su destierro ruso, — pues no otra cosa fué para él Dmitrov, — lo arrebató, el 9 de febrero de 1921.

Encontré en una carta de Adolf Reichel, que describe las últimas semanas de la enfermedad de Bakunin, que este, casi en su última conversación, diez días antes de su muerte, dijo que si sanara tendría el gusto de escribir una Etica sobre la base del colectivismo, sin frases filosóficas ni religiosas. Kropotkin experimentó la misma necesidad y ciertamente también están contenidos muchos elementos de la misma naturaleza en la última gran obra de Eliseo Reclús: "El Hombre y la Tierra". Parece estar en el fondo de los verdaderos anarquistas, — cuando con experiencia completa de la vida miran hacia atrás y quieren dejar tras sí a la generación venidera lo mejor de ellos — después de recoger lo externo sobre lo interno, el deseo de decirnos que hace falta aun algo más que ser libres y libertar al prójimo, que agitar, organizar y revolucionar, que no debe faltar nunca un valor en el individuo, una conciencia verdaderamente ética. Esto no es una prédica moral, sino que corresponde al conocimiento más independiente de la emoción de la lucha cotidiana, que nuestro lejano y sublime ideal sólo puede ser alcanzado realmente por seres humanos que estén acordes con el verdadero espíritu de toda la humanidad y de toda la naturaleza en general y que no quieren imponer al hombre un ideal eterno. Según su convicción y la de todos los anarquistas en general, las tendencias que penetran la vida de la naturaleza entera, de la cual la humanidad es sólo una pequeña parte, y la anarquía son idénticas: la naturaleza comienza en cierto modo en un extremo, en el más insignificante organismo y se prepara el camino, — la anarquía, al contrario, es vista por nosotros espiritualmente como el objetivo luminoso de la humanidad. En ese camino están los obstáculos de la superstición, de la ignorancia, de la autoridad, de la violencia, del egoísmo, del fanatismo, etc., que, considerados en toda la historia de la evolución, sólo pueden ser episodios relativamente mezquinos, pero que para nuestro desenvolvimiento humano tan corto son desgraciadamente impedimentos considerables. Por tanto, cuanto más consciente sea la unidad de nuestros esfuerzos progresivos como anarquistas mediante la libertad y la solidaridad generales con los esfuerzos iguales en la naturaleza y en la humanidad, tanto más clara y conscientemente podemos aplicar nuestras fuerzas en el punto exacto, de modo justo y múltiple, en el lugar de pasajeras exterioridades. Este es, si no lo interpreto mal, el fin de la *Etica* de Kropotkin; Bakunin y Reclús hubieran hecho probablemente lo mismo.

En este sentido se lee el libro que nos ocupa, y que no quiero privar de su vigor mediante un resúmen previo. Por lo demás, aquí corresponde un estudio mucho más hondo, de que está llena la época y eso es de esperar que despertará fuerzas más jóvenes, que no podrán hallar enseguida una ocasión mejor para instruirse con facilidad sobre numerosos asuntos interesantes y encontrar puntos de partida e indicaciones para trabajos ulteriores. Harán bien en algunos casos preparándose para ello mediante la lectura de *La Moral Anarquista* (1890) y de *El Apoyo Mutuo*. En estos dos escritos más viejos están las fuentes del libro actual. Kropotkin reaccionó contra un desdén hacia todo compromiso y solidaridad desarrollado en algunos compañeros por el rechazo de la moral convencional y sintió que el principio de la solidaridad, que señaló en *El Apoyo Mútuo* en tan innumerables condiciones exteriores, penetra también nuestro más recóndito mundo interno como la esencia de todo lo orgánico, y esto es expuesto en su *Etica*.

Una *Etica* puede ser un libro muy seco y alguien puede pensar en las obras de Kant o de Hegel, que se consideran por fuera con santo temor y se cuida uno de abrir. Existe también el modo caprichoso y deslumbrante de Nietszche para exponer tales ideas, modo que a menudo sólo difícilmente se puede seguir. Tambien Stirner es un duro bocado.

La parte de la *Etica* de Kropotkin que tenemos ante la vista hace superfluos esos temores. Kropotkin era un sabio, pero por dos circunstancias fué un escritor claro y lleno de atractivos: tuvo el más íntimo impulso a presentar sus ideas a las víctimas de la sociedad actual, a quienes está prohibida la oportunidad para estudios verdaderos, pues se ven forzados desde la más temprana juventud en su mayoría, a un trabajo completamente mecánico, y les trasmitió lo mejor de su sabiduría con la más afectuosa solicitud. Después tuvo una preciosa oportunidad de exponer muchas de sus ideas sin la forma directa de propaganda, pero de una manera aguda y profunda a los lectores de las grandes revistas inglesas y americanas, o al público general de allí por medio de conferencias y aprendió mientras tanto, entre la manera del sabio y la propaganda revolucionaria, a encontrar un tercer modo de presentar un asunto a menudo difícil, en forma aparentemente fácil. Esto era muy costoso para él y mientras que los escritos de propaganda salían sin esfuerzo de su pluma, pasaba semanas y meses sobre algunos artículos del "Nineteenth Century", hasta que por repetidos redondeamientos les daba la forma definitiva, y ya en su mayoría clásica. Los capítulos I y III de este volúmen pertenecen a ellos y el que se añadan a todo el libro perfectamente nos señala lo mucho que ha reflexionado el asunto, durante años, antes de que lograse la última forma escrita bajo las tristes condiciones de Dmitrov — y también lo intensivamente que trabajó aún en la edad más avanzada para no perder el nivel de quince años antes.

El volúmen que tenemos ante nosotros es ante todo una marcha a través de la naturaleza, especialmente del mundo animal, de los pueblos primitivos y de la humanidad civilizada desde la antigua Grecia hasta el siglo XIX, de la mano de la ética, es decir, observa ciertas representaciones éticas fundamentales — sigo aquí una exposición en que él mismo me comunicó en 1907, la cuestión — que datan de los períodos más primitivos de la evolución orgánica y que, como sostenía, están condicionadas por la estructura entera del cerebro, del sistema nervioso en general. Por tanto la ética de los pueblos y de las épocas puede variar mucho, pero no se volverá nunca contra algunas ideas fundamentales. Como tales ideas fundamentales de la ética consideraba:

1—El *apoyo mutuo*, que aprendió el hombre de la naturaleza. Estos fueron los primeros rudimentos de la ética y no podrían tampoco haber sido otros, porque el individuo no puede existir sin la sociedad;

2.—La *justicia*, que equivale a la *igualdad* y tiene ya su origen en nuestra disposición física y psíquica;

3.—La tendencia: *dá más de lo que tú esperas*, lo que, como indicó Max Guyau, tiene su origen en el sentimiento de un exceso de energía; "sentimos que tenemos más energía de la que necesitamos para nuestra vida cotidiana y la damos a los demás".

Siente que hasta aquí se ha considerado esta tercer idea fundamental (en la forma del deber) como la cosa principal, mientras que para él la igualdad es el elemento principal de la ética y de toda moralidad: *sin igualdad no hay moral, no hay ética posible.*

En este sentido nos instruirán más las partes existentes inéditas aun del segundo volúmen; el primer volúmen contiene en cierta manera un viaje a través del mundo de la ética, desde el mundo animal hasta las representaciones y organizaciones humanas y después al mundo ideológico de los más distinguidos pensadores en este gran dominio. Estas partes son enormemente instructivas y un guía seguro para un estudio propio ulterior. Poco a poco se extienden las consideraciones a cada pensador; sobre Herbert Spencer existían ya en 1904 y en otros trabajos de Kropotkin. Es infinitamente satisfactorio que el autor consiguiera todavía hacer una exposición de las ideas de Max Guyau, cuyos trabajos lo habían fascinado desde hacía muchos años. El libro se interrumpe y nos faltan las proyectadas discusiones de las ideas de Stirner, Nietzsche, Tolstoi, Multatuli y otros más modernos. Por el contrario, para el segundo volúmen existe una serie de exposiciones de las ideas propias, que se leerán con tanto mayor interés cuanto más se haya penetrado por medio de este primer volúmen de una manera verdaderamente encantadora en el asunto, por lo demás tan árido.

El que posea aun algo de temor a confiarse al libro, lea primeramente el tercer capítulo: "la moralidad en la naturaleza", especialmente en su segunda parte, la fascinadora exposición de la vida social de los animales, un asunto que atrajo extremadamente a Kropotkin toda la vida. Yo lo ví una tarde en el British Museum relatar radiante de alegría que había encontrado por fin al "tigre social" (véase pág. 45) en una descripción de viaje que relataba según sus viejas tradiciones cómo también el tigre fué rechazado a la soledad, al aislamiento por las persecuciones y que tenía una dichosa vida social perdida tras sí. Kropotkin lo había supuesto siempre y se alegraba de hallar finalmente descriptos también a los tigres en su verdadera naturaleza.

Ahora bien, siguió el desenvolvimiento del hombre con la misma solicitud infinita y estaba convencido como pocos de la conexión del hombre y de la naturaleza, del hombre y de la sociedad. De ahí surgió como el más maduro trabajo esta *Etica*, que no necesita más recomendación y que dará a muchos una gran alegría.

Max Nettlau

Junio 28 de 1923.

- NOTAS -

España.

Ya no es Marruecos la última desgracia del pueblo español; ahora tiene una nueva calamidad sobre sus descarnados lomos: el fascismo militar. Una gavilla de bandoleros arrastrasable, no contentos con vivir parasiteando a costa del sufrido pueblo productor, resolvió tomar por asalto, pillar como diría Samblancat, el erario y repartírselo entre unos pocos.

¿Qué resultará de esa erupción fascista sobre el país empobrecido y embrutecido por la perpétua guerra?

Nosotros no acostumbramos a mirar los acontecimientos sino desde el punto de vista de nuestras ideas. Y así, pensamos que esta nueva calamidad que ha entrado a padecer el pueblo español puede resultar, de rebote, beneficiosa para la marcha del ideal que perseguimos. Acaso la dictadura militar que ha empezado a dejar sentir allá sus efectos, termine con esa farsa de revolucionarismo que significa la propagación del sindicalismo incoloro y el "comunismo" bolcheviqui. Y entonces aparecerá, bien definido, el anarquismo; porque es bajo esos regímenes realmente tiránicos donde trabajan los revolucionarios de verdad y donde la charamusca, los voceadores oportunistas, se llaman a sosiego corridos por el huracán de la reacción.

¡Ojalá el reciente zarpazo dado al pueblo español por el militarismo tenga esa virtud!

Depmsey.

Formidable bruto hijo del septentrión: nosotros que no somos admiradores de la bestia sino todo lo contrario, hoy nos inclinamos reverentes ante tu temible pezuña, no hallamos forma de elogio, que nos parezca digna de tributarte. Loado seas, gran animal, bruto de los brutos, bestia de bestias! ¡Campeón de la brutalidad!

Tú has hecho, sin haberlo tenido por mira, el más caro servicio que pueda recibir este pueblo de un extranjero. Y nosotros debemos agradecértelo, ya que este pueblo es tan ingrato que te odia sin comprender tu obra...

El formidable sopapo con que venciste a tu rival ha sido asestado en pleno rostro del patrioterismo que sufre este pueblo desgraciado y que en los días próximos al encuentro había hecho crisis; ese sopapo que abatió a tu contendiente ha desfigurado el rostro al argentinismo, lo ha tumbado hundiéndolo en el lodo como si fuese un guiñapo, y no se levantará por mucho tiempo. ¡Alabada sea tu pata delantera, bestia bienhechora!

Lo que no habríamos logrado nosotros aunque hubiésemos duplicado, triplicado y multiplicado nuestras energías propagandísticas — sobreponernos al ambiente patriotero de este país — lo has logrado tú, gran bestia, con los golpes de tu pezuña temible. ¿Cómo no te hemos de estar agradecidos? Sería imperdonable ingratitud.

De rodillas te saludamos y reverenciamos, simpático bruto. Sin ambajes batimos palmas al poder formidable de tus coces. Y ¿qué más? Si no te ofendes, hasta te pediríamos humildemente que nos permitieras besar tus triunfantes patas...

De educación.

Hablemos de la educación de la niñez. Pero declaremos previamente que no sabemos nada de enseñanza, aunque mucho menos saben los gobernantes y, sin embargo, en sus manos está la suerte de los niños, así como la de los adultos.

Hemos estudiado en estas columnas varios de los principales aspectos de la llamada educación del niño, y la hemos encontrado siempre repudiable, criminal. El Estado, como tutelador de la educación de la infancia, es la mayor calamidad que soportan las generaciones, un crimen de lesa humanidad, si hay algo a que se le pueda llamar crimen. ¡Esto sí que sabemos, a pesar de nuestra ignorancia en materia educacional!

Lo malo de esa enseñanza no está sólo en los textos escolares — que al fin, si no se aplicaran, serían inofensivos —; está, más que en nada, en los maestros, en esa hato de sirvientes del oficialismo cuya ignorancia corre pareja con su servilismo, y ambas son el mejor factor de embrutecimiento con que cuenta el Estado.

¿Qué hemos de hacer, entonces, con los niños, para salvarlos de caer en las garras de esa "educación" criminal?

Cualquier cosa. Como si se tratara de salvarlos de un accidente mortal, de caer en las fauces de un monstruo o las aguas de un río: opongamos a costa de todo a que nuestros hijos sean triturados entre los engranajes de esa fábrica de embrutecimiento.

Esto es cuanto podemos hablar de la enseñanza, nosotros que no sabemos nada de esa materia. Pero que no podemos admitir ese tremendo atentado a la salud moral de nuestros hijos.

Instrumentos

¿De qué gentes son esas voces que se levantan por ahí llamando criminales a los anarquistas y acusándolos de una larga serie de homicidios?

¡Ah, no hay duda! esas voces deben ser de los seculares enemigos de las ideas anarquistas. Las gentes acomodadas de todas partes; los magnates y gobernantes de cualquier lugar del mundo, han calificado siempre de criminales a los que tenemos estas ideas. Porque así, con este recurso, los enemigos del anarquismo matan dos pájaros de un solo tiro: nos desprestigian ante el pueblo y justifican cualquier tropelía que las autoridades cometan con los anarquistas. El recurso de nuestro secular enemigo no puede ser más eficaz.

Pero estas voces que siguen gritando con empecinamiento de perros que ladran a la luna, no son, precisamente, de gentes acomodadas ni de magnates ni de gobernantes. Estas gentes son también enemigas de nuestras ideas; son los instrumentos de los magnates y del Estado, introducidos en nuestras filas para minarlas con su ponzoña de reptiles.

Pero, ¿por qué gritan y se empeñan en que el pueblo nos tenga por criminales y las autoridades justifiquen contra nosotros cualquier tropelía? Porque han aprendido de nuestro secular enemigo el recurso eficaz; mejor dicho, los burgueses y gobernantes les han enseñado el medio de buscar que el pueblo nos desprecie. Y están cumpliendo con su misión de instrumentos.

La comuna de París y la revolución social

Conferencia pronunciada por Miguel Bakunin en mayo de 1871 ante los obreros del valle de Saint-Imier

TERCERA CONFERENCIA

Queridos compañeros:

Os he dicho la última vez cómo la burguesía, sin tener completa conciencia de ello, pero en parte, al menos en la cuarta parte, también conscientemente, se sirvió del brazo poderoso del pueblo, durante la gran revolución de 1789-1793 para instalar sobre las ruinas del mundo feudal su propia potencia. Desde entonces se ha convertido en la clase dominante. Es un error imaginarse que fueron la nobleza emigrada y los sacerdotes los que dieron apoyo al Estado reaccionario de Termidor que derribó y mató a Robespierre y a Saint-Just y guillotinó y deportó a una gran multitud de sus partidarios. Sin duda muchos miembros de estas dos órdenes caídas tomaron una activa participación en la intriga, contentos por ver caer a los que les habían hecho temblar y que les habían decapitado sin piedad. Pero ellos solos no hubiesen podido hacerlo. Desposeídos de sus bienes, habían sido reducidos a la impotencia. Fué la parte de la clase burguesa que se había enriquecido por la compra de los bienes nacionales, por los aprovisionamientos de guerra y por el manejo de los fondos públicos, aprovechándose de la miseria general y de la bancarrota para llenar su bolsillo, fueron ellos, esos virtuosos representantes de la moralidad y del orden público, los principales instigadores de esa reacción. Fueron calurosa y poderosamente sostenidos por la masa de los tenderos, raza eternamente malhechora y cobarde, que engaña y envenena al pueblo vendiéndole sus mercaderías falsificadas, y que tiene toda la ignorancia del pueblo sin tener su grandeza, que tiene toda la vanidad de la aristocracia burguesa sin tener los bolsillos repletos; cobarde durante las revoluciones, durante la reacción es feroz. Para ella todas las ideas que hacen palpitar el corazón de las masas, los grandes principios, los grandes intereses de la humanidad no existen. Ignora también el patriotismo o no conoce de él más que la vanidad o las fanfarronerías. No hay un sentimiento que pueda arrancarla a las preocupaciones mercantiles, a las interesadas pequeñeces cotidianas. Todo el mundo sabe, y los hombres de todos los partidos nos lo han confirmado, que durante el terrible asedio de París, — mientras que el pueblo se batía y la clase de los ricos intrigaba y preparaba la traición que entregó París a los prusianos, mientras que el proletariado generoso, las mujeres y los hijos del pueblo estaban medio moribundos de hambre — los tenderos no tuvieron más que una sola preocupación, la de vender sus mercancías, sus artículos alimenticios, los objetos más necesarios para la subsistencia del pueblo, al más alto precio posible.

Los tenderos de todos los pueblos de Francia han hecho lo mismo. En las ciudades invadidas por los prusianos, han abierto las puertas a los prusianos. En las ciudades no invadidas, se preparaban a abrirlas; paralizaban la defensa nacional, y en todas partes donde pudieron se opusieron a la sublevación y al armamento populares que eran los únicos medios de salvar a Francia. Los tenderos en las ciudades, como los campesinos en los campos, constituyen hoy el ejército de la reacción. Los campesinos podrán y deberán ser convertidos a la revolución, pero los tenderos jamás.

Durante la gran revolución, la burguesía estaba dividida en dos categorías, de las cuales una, que constituía la ínfima minoría, era la burguesía revolucionaria, conocida con el nombre genérico de *jacobina*. No hay que confundir los jacobinos de hoy con los de 1793. Los de hoy no son más que pálidos fantasmas y ridículos abortos, caricaturas de los héroes del siglo pasado. Los jacobinos de 1793 eran grandes hombres, tenían el fuego sagrado, el culto de la justicia, de la libertad y de la igualdad. No fué culpa suya si no comprendieron ciertas palabras que resumen todavía hoy, todas nuestras aspiraciones. No consideraron más que la faz política, no el sentido económico y social. Pero, lo repito, no fué culpa suya, como no es un mérito nuestro el comprenderlas hoy. La culpa y el mérito corresponden a la época. La humanidad se desarrolla lentamente, demasiado lentamente, y no es más que por una sucesión de errores y de defectos, y de crueles experiencias sobre todo, que son siempre su consecuencia necesaria, como los hombres conquistan la verdad. Los jacobinos de 1793 fueron hombres de buena fe, hombres inspirados por las ideas, consagrados a las ideas. ¡Fueron héroes! Si no lo hubieran sido no habrían realizado los grandes actos de la revolución. Podemos y debemos combatir los errores teóricos de los Danton, de los Robespierre, de los Saint-Just, pero al combatir sus ideas falsas, estrechas, exclusivamente burguesas en economía social, debemos inclinarnos ante su potencia revolucionaria. Fueron los últimos héroes de la clase burguesa, antes tan fecunda en héroes.

Aparte de esa minoría heróica, existía la gran masa de la burguesía materialmente explotadora, y para la cual las ideas, los grandes principios de la revolución no eran más que palabras que carecían de valor y de sentido, si los burgueses no podían servirse de ellas para llenar sus bolsillos tan amplios y tan respetables. Una vez que los más ricos, y por consiguiente los más influyentes también de entre ellos aprovecharon suficientemente al amparo y por medio de la revolución, consideraron que la revolución había durado demasiado, que era tiempo de terminarla y de restablecer el reino de la ley y del orden público.

Derribaron el Comité de Salud pública, mataron a Robespierre, a Saint-Just, y a sus amigos, y establecieron el Directorio, que fué una verdadera encarnación de la depravación burguesa, a fines del siglo XVIII, el triunfo y el imperio del oro adquirido y amontonado en los bolsillos de algunos millares de individuos por el robo.

Pero Francia, que no había todavía tenido tiempo de corromperse, y que palpitaba aun por los grandes hechos de la revolución, no pudo soportar mucho tiempo este régimen. Hubo dos protestas, una fracasada y la otra triunfante. Si la primera hubiese tenido éxito, si hubiese po-

dido triunfar, habría salvado a Francia y al mundo; el triunfo de la segunda inauguró el despotismo de los reyes y la esclavitud de los pueblos. Quiero hablar de la insurrección de Babeuf y de la usurpación del primer Bonaparte.

La insurrección de Babeuf fué la última tentativa revolucionaria del siglo XVIII.

Babeuf y sus amigos habían tenido más o menos amistad con Robespierre y Saint-Just. Fueron jacobinos socialistas. Tuvieron el culto de la igualdad, aun con detrimento de la la libertad. Su plan fué muy sencillo: expropiar a todos los propietarios y a todos los detentadores de instrumentos de trabajo y otros capitales en beneficio del Estado republicano, democrático y social, de suerte que el Estado al convertirse en el único propietario de todas las riquezas tanto mobiliarias como inmobiliarias, se convertía en el único empleador de la sociedad; provisto al mismo tiempo de la omnipotencia política, se apoderaba exclusivamente de la educación y de la instrucción iguales para todos los niños y obligaría a todos los individuos mayores de edad a trabajar y a vivir según la igualdad y la justicia. Toda autonomía comunal, toda iniciativa individual, toda libertad, en una palabra, desaparecía, aplastada por ese poder formidable. La sociedad entera no debía presentar ya más que el cuadro de una uniformidad monótona y forzada. El gobierno era elegido por el sufragio universal, pero una vez elegido, y en tanto que quedaba en funciones, ejercía sobre todos los miembros de la sociedad un poder absoluto.

La teoría de la igualdad establecida obligatoriamente por una potencia del Estado no ha sido inventada por Babeuf. Los primeros fundamentos de esta teoría han sido echados por Platón, varios siglos antes de Jesucristo, en su *República*, obra en que este gran pensador de la antigüedad trató de esbozar el cuadro de una sociedad igualitaria. Los primeros cristianos ejercieron incontestablemente un comunismo práctico en sus asociaciones perseguidas por toda la sociedad oficial. En fin, al comienzo mismo de la revolución religiosa, en el primer cuarto del siglo XVI, en Alemania, Tomás Münzer y sus discípulos hicieron una primera tentativa para establecer la igualdad social sobre una base muy amplia. La concepción de Babeuf fué la segunda manifestación práctica de la idea igualitaria en las masas. Todas estas tentativas, sin exceptuar la última, debieron fracasar por dos razones: primero porque las masas no estaban suficientemente desarrolladas para hacer posible la realización; y luego y sobre todo, porque, en estos dos sistemas, la igualdad se asociaba a la potencia de la autoridad del Estado y porque, consiguientemente, excluía la libertad. Y nosotros sabemos, queridos amigos, que la igualdad no es posible más que con y por la libertad: que esa libertad exclusiva de los burgueses, se fundamenta en la esclavitud de las masas y que no es libertad, sino privilegio; hablamos de la libertad universal de los seres humanos, que eleva cada uno a la dignidad de hombres. Pero sabemos también que esa libertad no es posible más que en la igualdad. Rebelión no sólo teórica sino práctica, contra todas las instituciones y contra todas las relaciones sociales creadas por la desigualdad, después establecimiento de la igualdad económica y social por la libertad de todo el mundo: he ahí nuestro programa actual, el que debe triunfar a pesar de los Bismark, los Napoleón, los Thiers, y a pesar de todos los cosacos de mi augusto emperador, el zar de todas las Rusias.

La conspiración de Babeuf había reunido en su seno todo lo que, después de las ejecuciones y las deportaciones del golpe de Estado reaccionario de termidor, había quedado de ciudadanos adictos a la revolución en París, y necesariamente muchos obreros. Fracasó; algunos fueron guillotinados, pero muchos sobrevivieron, entre otros el ciudadano Buonarroti, un hombre de hierro, un carácter antiguo, de tal modo respetable que supo hacerse respetar por los hombres de los partidos más opuestos. Vivió mucho tiempo en Bélgica, donde se convirtió en el fundador de la sociedad secreta de los carbonarios comunistas; y en un libro que es hoy muy raro, pero que trataré de enviar a nuestro amigo Adhemar, ha relatado esa lúgubre historia, esa última protesta heróica de la revolución contra la reacción, conocida con el nombre de conspiración de Babeuf.

La otra protesta de la sociedad contra la corrupción burguesa que se había adueñado del poder bajo el nombre de Directorio, fué, como he dicho ya, la usurpación del primer Bonaparte.

Esta historia, mil veces más lúgubre aún, es conocida por todos vosotros. Fué la primera inauguración del régimen infame y brutal del sable, la primera bofetada que dió en las mejillas de la humanidad, a comienzos de este siglo, un advenedizo insolente. Napoleón I se convirtió en el héroe de todos los déspotas, al mismo tiempo que, militarmente, fué el terror. Vencido, dejó su funesta herencia, su infame principio: el desprecio hacia la humanidad y su opresión por el sable.

No os hablaré de la restauración. Fué una tentativa de volver a dar vida y fuerza política a dos cuerpos tarados y decrépitos: a la nobleza y a los sacerdotes. Bajo la restauración no hubo más que esto de notable: que, atacada, amenazada en su poder que había creído conquistado para siempre, la burguesía se había vuelto de nuevo casi revolucionaria. Enemiga del orden público, en tanto que el orden público no fuera el suyo, es decir, en tanto que estableciese y garantizase otros intereses que los suyos, conspiró de nuevo. Los señores Guizot, Périer, Thiers y tantos otros, que bajo Luis Felipe se distinguieron como los más fanáticos partidarios y defensores de un gobierno opresivo, corruptor, pero burgués y por consiguiente perfecto a sus ojos, todas esas almas malditas de la redección burguesa, conspiraron bajo la restauración. Triunfaron en julio de 1830 y el reino del *liberalismo burgués* quedó inaugurado.

Es desde 1830 que data la dominación exclusiva de los intereses y de la política burguesa en Europa; sobre todo en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, en Holanda y en Suiza. En otros países, tales como Alemania, Dinamarca, Suecia, Italia, España y Portugal, los intereses burgueses han primado sobre todos los demás. Pero no el gobierno político de los burgueses.

No os hablo del grande y mísero imperio de todas las Rusias, que permanece todavía sometido al despotismo absoluto de los zares y que no tiene propiamente una clase política intermediaria, ni cuerpo político burgués, donde en efecto no hay por una parte más que el mando oficial, una organización militar, policial y burocrática para colmar los caprichos del zar, y por otra parte el pueblo, las decenas de millones de seres humanos devorados por el zar y sus funcionarios. En Rusia la revolución vendrá directamente del pueblo, como lo he desarrollado ampliamente en un discurso bastante largo pronunciado hace algunos años en Berna, y que me apresuraré a enviaros. No os hablo tampoco de la desdichada y heróica Polonia, que se debate, ahogada siempre de nuevo, pero jamás muerta, bajo la garra de tres águilas infames: la del imperio de Rusia, la del imperio de Austria y la del nuevo imperio de Alemania representado por Prusia. En Polonia como en Rusia no hay propiamente clase media; hay por un lado la nobleza, burocracia hereditaria esclava del zar en Rusia, antes dominante y hoy desorganizada y decrépita en Polonia; y por otro lado, está el campesino sometido, devorado, aplastado ahora, no ya por la nobleza, que ha perdido el poder, sino por el Estado, por sus funcionarios innumerables, por el zar. No os hablaré tampoco de los pequeños países de Suecia y de Dinamarca, que no son realmente constitucionales más que desde 1848, y que han quedado más o menos retrasados en relación al desenvolvimiento general de Europa; ni de España y de Portugal, donde el movimiento industrial y la política burguesa han sido paralizados tanto tiempo por la doble potencia del clero y del ejército. Sin embargo debo observar que España, que nos parecía tan atrasada, nos presenta hoy una de las más magníficas organizaciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores que existen en el mundo.

Me detendré un instante en Alemania, Alemania, desde 1830, nos ha presentado y continúa presentándonos el cuadro extraño de un país en que los intereses de la burguesía predominan, pero en el cual la potencia política no pertenece a la burguesía, sino a la monarquía absoluta bajo una máscara de constitucionalismo, militar y burocráticamente organizada y servida exclusivamente por nobles.

Es en Francia, en Inglaterra, sobre todo en Bélgica donde hay que estudiar el reino de la burguesía. Desde la unificación de Italia bajo el cetro de Víctor Emmanuel se puede estudiarlo también en Italia. Pero en ninguna parte se ha caracterizado tanto como en Francia; por tanto es este país donde lo consideraremos principalmente.

Desde 1830, el principio burgués ha tenido plena libertad de manifestarse en la literatura, en la política y en la economía social. Se puede resumir con una sola palabra: el *individualismo*.

Entiendo por individualismo la tendencia que, considerando toda la sociedad, la masa de los individuos como de los indiferentes, como de los enemigos naturales, en una palabra, con los que cada uno está forzado a vivir, pero que obstruyen el camino a cada uno, — impulsan al individuo a conquistar y establecer su propio bienestar, su prosperidad, su dicha a costa de todo el mundo, en perjuicio y a espaldas de todos los demás. Es una persecución desenfrenada, un general sálvese quien pueda! en que cada cual trata de llegar el primero. ¡Ay de los que se detienen, son adelantados! ¡Ay de los que, paralizados por la fatiga, caen en el camino, son inmediatamente aplastados! La concurrencia no tiene corazón, no tiene piedad. ¡Ay de los vencidos! En esta lucha, necesariamente, deben cometerse muchos crímenes; toda esa lucha fratricida por otra parte no es más que un crimen contínuo contra la solidaridad humana, que es la base única de toda moral. El Estado que, se dice, es el representante y el vindicador de la justicia, no impide la perpetración de esos crímenes; al contrario, los perpetúa y los legaliza. Lo que representa, lo que defiende, no es la justicia humana, es la justicia jurídica que no es otra cosa que la consagración del triunfo de los fuertes sobre los débiles, de los ricos sobre los pobres.

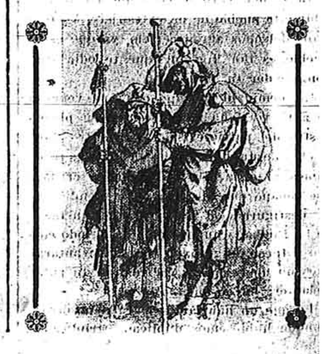
El Estado no exige más que una cosa: que todos esos crímenes sean realizados legalmente. Puedo arruinaros, aplastaros, mataros, pero debo hacerlo observando las prescripciones legales. De otro modo soy declarado criminal y tratado en consecuencia. Tal es el sentido de ese principio, de esa palabra: individualismo.

Ahora veamos cómo se ha manifestado en principio en la literatura, en esa literatura creada por los Víctor Hugo, los Dumas, los Balzac, los Jules Janin y tantos otros autores de libros y de artículos de periódicos burgueses, que desde 1830 han inundado a Europa, llevando la depravación y despertando el egoísmo en el corazón de los jóvenes de ambos sexos, y desgraciadamente también en el pueblo. Tomad cualquier novela: junto a los grandes y falsos sentimientos, ¿qué encontráis? Siempre lo mismo. Un joven es pobre, obscuro, desconocido; está devorado por toda suerte de ambiciones y de apetitos. Quisiera habitar un palacio, comer trufas, beber champagne, pasear en carroza y acostarse con alguna bella marquesa. Lo consigue a cambio de esfuerzos heróicos y de aventuras extraordinarias, mientras que todos los demás sucumben. He ahí el héroe: eso es el individualismo puro.

Veamos la política. ¿Cómo se expresa el principio en ella? Las masas, se dice, tienen necesidad de ser dirigidas, gobernadas; son incapaces de pasar sin gobierno, como son también incapaces de gobernarse a sí mismas. ¿Quién las gobernará? No hay ya privilegio de clase. Todo el mundo tiene el derecho de subir a las más altas posiciones y funciones sociales. Pero para llegar es preciso ser inteligente, hábil; es preciso ser fuerte y dichoso; es preciso saber y poder primar sobre todos los rivales. He aquí otra nueva carrera de competencia: serán los individuos hábiles y fuertes los que gobernarán y esquilmarán a las masas.

Consideremos ahora ese mismo principio en la cuestión económica, que en el fondo es la principal, podría decirse la única cuestión. Los economistas burgueses nos dicen que son partidarios de una libertad ilimitada de los individuos y que la concurrencia es la condición de esa libertad. Y ante todo una pregunta: ¿es el trabajo separado, aislado el que ha producido y el que continúa produciendo todas las riquezas maravillosas de que se vanaglor a nuestro siglo? Sabemos bien que no. El trabajo aislado de los individuos apenas sería capaz de alimentar y de nutrir un pequeño pueblo de salvajes; una gran nación no llega a ser rica ni puede subsistir más que por el trabajo colectivo, solidariamente organizado. Siendo colectivo el trabajo productor de las riquezas, parecería lógico, ¿no es verdad? que el goce de esas riquezas lo fuera también. Y bien, eso es lo que no quiere, lo que rechaza con odio la economía burguesa. Quiere el goce aislado de los individuos. ¿Pero de qué individuos? ¿Será de todos? ¡Oh, no! Quiere el goce de los fuertes, de los inteligentes, de los hábiles, de los felices. ¡Ah, sí, de los felices sobre todo! Porque en su organización social, y conforme a esa ley de herencia que es el fundamento principal, nace una minoría de individuos más o menos ricos, dichosos, y millones de seres humanos desheredados, desgraciados. La sociedad burguesa dice a todos estos individuos: Luchad, disputáos el premio, el bienestar, la riqueza, la potencia política. Los vencedores serán felices. ¿Hay cuando menos igualdad en esta lucha fratricida? No, de ningún modo. Unos, el pequeño número, están armados de pies a cabeza, fortalecidos por su instrucción y su riqueza heredadas, y los millones de hombres del pueblo se presentan sobre la arena casi desnudos, con su ignorancia y su miseria igualmente heredadas. ¿Cuál es el resultado necesario de esta concurrencia llamada libre? El pueblo sucumbe, la burguesía triunfa, y el proletario encadenado está obligado a trabajar como un forzado por su eterno vencedor, el burgués.

El burgués está provisto principalmente de un arma contra la que el proletariado permanecerá siempre sin posibilidad de defensa, en tanto que esa arma, el capital, — que se ha convertido en todos los países civilizados en el agente principal de la producción industrial, en tanto que ese nutridor del trabajo sea esgrimido contra él.

El capital, tal como está constituído y apropiado hoy, no aplasta solamente al proletariado, sume, expropia y reduce a la miseria a una inmensa cantidad de burgueses. La causa de este fenómeno, que el término medio de las gentes y la pequeña burguesía no comprende bastante, que ignora, es, sin embargo, completamente sencillo. A consecuencia de la concurrencia, de esa lucha a muerte que, a causa de la libertad conquistada por el pueblo en beneficio de los burgueses, reina hoy en el comercio y en la industria, todos los fabricantes están obligados a vender sus productos, o más bien, los productos de los trabajadores que emplean, que explotan, al más bajo precio posible. Lo sabéis por experiencia; los productos caros se ven más y más excluídos hoy del mercado por los productos baratos, aunque éstos sean mucho menos perfectos que los primeros. He ahí, pues, una primera consecuencia funesta de esa concurrencia, de esa lucha intestina en la producción burguesa. Tiende necesariamente a reemplazar los buenos productos por los productos mediocres, los trabajadores hábiles por los trabajadores mediocres. Disminuye al mismo tiempo la calidad de los productos y la de los productores.

(*Concluirá*)